

El mestizo

Una novela corta en el universo de La Orden

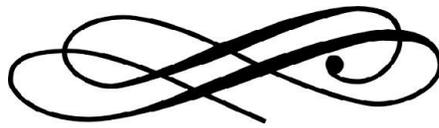


KASIA



BACON

EL MESTIZO



EL MESTIZO

UNA NOVELA CORTA DE LA SERIE LA ORDEN

KASIA BACON

Traducido por
VIRGINIA CAVANILLAS



ÍNDICE

Carta al lector

1. FIJACIÓN
2. BESO
3. DÍALIBRE
4. PUESTA DE SOL

Glosario

Sobre la autora

Otras obras de Kasia Bacon

Fragmento de El elfo oscuro

KASIA BACON

EL MESTIZO

Una novela corta de la serie La Orden



Traducido por
VIRGINIA CAVANILLAS

El mestizo: una novela corta en el universo de La Orden.

Copyright © 2019 by Kasia Bacon

Edición para Kindle

Todos los derechos reservados.

Título original: *The Mutt: An Order Series Short Story*

Escrito por: Kasia Bacon

Edición: Shelby Reed

Corrección: Michele Howe

Diseño de portada: [Marek Frankowski](#)

Primera edición en español

Traducido del inglés por: Virginia Cavanillas

Corregido por: Pilar Medrano

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser utilizada, copiada, reproducida, almacenada en bases de datos o programas de recuperación ni cedida en forma alguna ni bajo ningún concepto sin el previo permiso de su autora, salvo para el caso de usarse en reseñas literarias.

Se trata de un trabajo de ficción donde nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación de su autora y cualquier parecido con personas o hechos reales es mera coincidencia.

Yo, Eryvn Morryés, del clan de la Montaña Negra,
sé muy bien lo que es el control.

Como el único elfo oscuro de pelo blanco de las Tierras Altas, he tenido que aprender a controlar tanto mis puños como mi carácter para evitar que se burlaran de mí.

Y, para ser el mejor arquero entre mis semejantes, también he tenido que aprender a controlar mi respiración y cada uno de mis movimientos. Pero el día en el que el mestizo al que llaman Lochan Féyes llegó al campo de entrenamiento, toda mi disciplina pareció desaparecer. Porque —por todos los dioses del firmamento— cuando estoy cerca de ese frío asesino de ojos azules... la necesidad que me provoca es incontenible.

Serie La Orden:

*Uno es un arquero, el otro un asesino; uno un elfo oscuro, el otro un mestizo.
Ambos son soldados, almas gemelas, amantes.*

Queridos lectores:

¡Bienvenidos al mundo de los guerreros élficos, el tiro con arco, el lenguaje obscuro y el amor!

Me encanta poder presentaros la edición en español de The Mutt (El mestizo), primer libro de la serie La Orden.

Hasta ahora, mis elfos sexis y sus historias solo se habían traducido al alemán y, he de admitir, que el que ahora elija la lengua de Cervantes como mi segunda incursión en un idioma extranjero ha sido una decisión de lo más espontánea. Pero como mis lectores hispanohablantes han mostrado gran interés en Twitter por este proyecto, mi traductora y yo no hemos necesitado ninguna otra motivación y nos hemos lanzado de cabeza, ¡claro que sí, joder!

Así que, ¡allá vamos! Estoy muy agradecida por vuestro entusiasmo y apoyo, y espero que disfrutéis de las aventuras de Eryvn y Lochan en el Ejército de la Reina y que queráis seguirles en sus andanzas en el futuro. Esta historia continúa en el segundo libro (El elfo oscuro), que en breve estará disponible en español.

¡Que la magia élfica esté siempre con vosotros y que disfrutéis la lectura!

—Kasia Bacon

Para Daga. Y contra el cáncer.

FIJACIÓN

Le deseé desde el principio. Desde el mismísimo momento en que mis ojos se posaron en él. Era de lo único de lo que se hablaba en aquellos días previos a su llegada al campamento. Todo el mundo tenía curiosidad por saber más del mestizo que, a pesar de haber nacido en un clan élfico importante, había sido criado por humanos. Un híbrido. Un semielfo.

Lochan Féyes.

Y yo también sentía esa curiosidad. Los semielfos maternos como él eran una peculiaridad. Conservaban los rasgos físicos de un purasangre y, al menos en teoría, disfrutaban del mismo estatus social que ellos. Eso no quería decir que la discriminación no existiera, pero los peor parados en este juego de castas eran los semielfos paternos, que eran considerados poco más que humanos y constituían la clase más baja de la sociedad, sin ser considerados siquiera miembros de la ciudadanía.

No sabía qué esperar, pero sin duda excedió todas y cada una de mis expectativas. Más tarde descubriría que esa era una habilidad innata en él.

Si no hubiera sabido que por sus venas corría sangre humana, nunca hubiera sido capaz de detectarla. Podía ser que sus orejas fueran menos puntiagudas o que sus ojos no fueran tan rasgados como los de los elfos normales y corrientes.

Ya en aquella época, a los diecisiete años, demostró ser un asesino de pies a cabeza. Eso lo dejó claro en el primer entrenamiento: fue letal, constante, frío, indiferente, tan seguro de sí mismo que resultó incluso arrogante. Y yo quería bajarle los humos. Darle una lección. Romperle. Sentirle. Hacer que me rogara por un beso.

Quería su atención. Pero él se negaba a dármela.

Así que tuve que encontrar la forma de conseguirla.

Tenía los ojos azules, tan azules que eran casi ofensivos. Joder, *a mí* me ofendían. Por aquel entonces, yo era un simple elfo oscuro, uno que no había viajado y jamás había visto ningún iris que no fuera color obsidiana. La tonalidad celeste de su mirada me recordaba a los cristales que crecían en las cuevas de las Tierras Altas de la Montaña Negra, esos que yo solía coleccionar cuando era niño. Y quería esos ojos en mí.

Lo primero que pensé de él fue que era puro carácter y frialdad, y su pelo negro y brillante, en contraposición con esa piel blanca y luminosa, no hacía más que enfatizar esas cualidades. Era todo rasgos afilados, ángulos marcados y duros músculos.

Quería sentir el tacto de su cuerpo bajo mis dedos.

Si tuviera que describirle en una sola palabra —aparte de exasperante— elegiría refinado. Todo en él, desde su estructura ósea aristocrática hasta el distinguido acento de las Tierras Bajas, le hacían parecer sofisticado. Y había una cosa en particular que hacía destacar esa elegancia natural, consiguiendo que te fijaras aún más en él: su forma de luchar.

La primera vez que le vi luchar se me puso dura. Mi corazón empezó a golpetear en mi pecho y me mordí el labio hasta que sangró. Fue ahí cuando juré que lo haría mío.

Su técnica no era para nada llamativa. Todo lo contrario, resultaba bastante austera: los movimientos eran cortos y gráciles, pero también rápidos, poderosos y precisos. Incluso cuando peleaba contra varios contrincantes a la vez, se parecía mucho a una danza bien coreografiada. Siempre mantenía el control sobre la pelea.

Considerado imbatible en el combate mano a mano, más tarde también demostraría verdadera destreza con la espada. Era letal y pura sensualidad. Los cuchillos que llevaba —y siempre llevaba varios encima— actuaban como extensiones de sus manos. La forma de desarmar a sus oponentes y su habilidad lanzando puñales, pronto se convertirían en el tema de conversación favorito entre el resto de aprendices y entre los *hyoshies* a cargo de nuestro entrenamiento.

Pasé varias semanas observándole. Al principio, intentaba disuadirme a mí mismo, repitiéndome que debía abandonar tan extraña obsesión. Quería autoconvencerme de que, a pesar de ser un mestizo y, por ello, una rareza, por lo demás era alguien ordinario. Alguien que no merecía la vorágine que

causaba en mis pensamientos. Sin embargo, pronto se convertiría en una especie de compulsión.

Nunca hablábamos. Yo lo intentaba, pero él me ignoraba sin ni siquiera mirarme. Todas y cada una de las veces que lo intenté, se alejó de mí. Y, durante un tiempo, se lo permití.

Él se mantenía apartado, aunque eran muchos los que le perseguían. Tanto hombres como mujeres. Al fin y al cabo, no había nada que nuestra sociedad castrense admirara más que la excelencia de un guerrero. Y había apuestas sobre cuándo y a quién tomaría por amante. Los rumores decían que prefería a los arqueros y, aunque fueran habladurías infundadas, a mí me llenaban de esperanza. Quizá hubiera algo de verdad en ello, porque a veces nos observaba en los entrenamientos, a pesar de que nunca participaba en ellos.

Yo era el líder de mi escuadrón de tiro con arco, nombramiento que se debía a que cuando llegué al campamento ya había cumplido dos años de servicio obligatorio en la Montaña Negra. Todo elfo oscuro estaba obligado a servir en las fuerzas locales antes de alistarse en el Ejército Nacional de la Reina y, por aquel entonces, no albergaba duda alguna de que yo sería el mejor arquero entre todos los reclutas. Así que si él quería uno, no encontraría a nadie que me superara.

Una vez le pillé mirándome. Fue al alba, cuando practicaba el tiro instintivo, un estilo que era pura intuición y en el que mi clan solía destacar. El pecho se me contrajo cuando sus ojos aterrizaron en mí y casi se me cae el arco al ver la aprobación en su mirada, justo antes de que se diera media vuelta. Que todas mis esperanzas se apoyaran en una única mirada me hacía parecer un idiota, lo sabía, pero, al fin y al cabo, el lema de mi familia era: «apunta a lo grande, falla lo mínimo».

Tras varios meses, su comportamiento distante y altanero me tenía tan fascinado como irritado. Iba de querer darle un puñetazo a necesitar follármelo y, sinceramente, era agotador. Además, me tenía de permanente mal humor.

Y, entonces, llegó el día en el que mi frustración alcanzó su zénit.

B E S O

La primavera llegó pronto y, con ella, la primera mañana de calor del año. Cián, el *hyoshie* que impartía combate mano a mano, era un cabrón miserable. Era más alto y más musculoso que cualquier otro elfo que hubiera visto en mi vida y llevaba machacándonos sin piedad desde el desayuno. Empecé a odiarle en el momento en el que decidió que correr hasta la extenuación durante dos horas por el bosque, con nuestras mochilas cargadas de peso, constituía un «calentamiento ligero». Y no cedió hasta que dos de los nuevos reclutas vomitaron y otro se desmayó.

Ya en el campo de entrenamiento, nos separó en parejas para practicar técnicas de bloqueo y ataque. El *hyoshie* iba andando entre nosotros con cara rancia, observando cómo entrenábamos. De repente, gritó:

—¡No, no, no! Putos estúpidos. Tenéis que manteneros en constante movimiento. Os enseñaré cómo se hace. ¡Tú! —Señaló a Féyes—. Ven a luchar conmigo.

Hicimos un círculo alrededor de ambos mientras Cián se quitaba la camisa y hacía gestos a Féyes para que hiciera lo mismo. Ambos se pusieron en posición de ataque. El *hyoshie* nos miró con ojos entrecerrados.

—Prestad mucha atención a los músculos que hay que trabajar. A ver si os entra en esas duras e inútiles cabezas. —Y, para darle mayor énfasis, clavó uno de sus enormes dedos en la frente de un elfo pelirrojo que estaba justo a su lado; el aprendiz casi acaba con el culo en el suelo.

Describir al *hyoshie* como impresionante hubiera sido una subestimación. Se cernía imponente sobre Féyes, con su cuerpo enorme, una mole de músculos y venas.

Yo, sin embargo, solo tenía ojos para el semielfo.

Por todos los dioses.

Su agilidad era asombrosa. Y esas líneas pronunciadas, que le empezaban en el hueso de las caderas y desaparecían de forma diagonal por debajo de la cintura de sus pantalones caídos, me tenían con la boca seca. Dos tatuajes negros destacaban sobre toda esa pálida piel, remarcando lo escultural de su cuerpo: un pequeño halcón sobre el pectoral derecho y un complejo brazalete de dos anillos en la parte superior del brazo. A pesar de la exquisitez del diseño y de lo artístico del tatuaje, no tenía duda alguna de que era algún tipo de marca oficial de algo.

La demostración de Cián y Féyes abarcaba pies, rodillas, codos y golpes a mano abierta. Era una complicada combinación de movimientos que consistía en atacar y bloquear. Tras hacerlo despacio para nosotros, lo repitieron un par de veces más, aumentando la velocidad de forma progresiva.

El *hyoshie* arqueó una ceja a Féyes y le dijo:

—¿Vamos?

Féyes no contestó, ni siquiera cambió la expresión de su cara. Se limitó a poner la palma de la mano hacia arriba y a flexionar dos dedos en el gesto universal de «venga, cuando quieras»

Me mordí el labio para no reírme de lo arrogante que era el muy hijo de puta.

—Oh, oh. Presiento que al mestizo le van a partir la cara —murmuró alguien con regocijo a mi espalda. Si no hubiera estado tan concentrado observando a Féyes, le hubiera soltado un puñetazo al muy imbécil.

No pasó demasiado tiempo antes de que llegaran a mis oídos los murmullos de gente apostando. Puse los ojos en blanco; las apuestas eran el pasatiempo nacional de los elfos.

La danza acabó tras una docena de movimientos. Y todo fue tan rápido que no pude registrarlo con detalle. Así, a simple vista, diría que la combinación de una patada alta, otra a la altura de la rodilla y un empujón habían hecho que el *hyoshie* perdiera el equilibrio y cayera, bramando de dolor cuando su cuerpo chocó contra el suelo. Pareció desconcertado durante unos instantes.

El enorme silencio que se hizo fue solo roto por la vibrante risa de Cián, que se levantó, negando con la cabeza, como si no pudiera creérselo. Sonriendo, se puso en pie, y fue hacia Féyes para palmearle la espalda un par de veces.

—Qué cabrón, sin duda sabes cómo moverte. —Luego se dirigió a nosotros, que seguíamos ahí mirando con la boca abierta, y gruñó—: ¡Venga,

poneos a ello! Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Tras eso, se pegó a Féyes y no se separó de su lado.

No me gustaba ver al *hyoshie* tan cerca de él. Y tampoco me agradaba cómo le tocaba los brazos cuando no había ninguna necesidad de hacerlo; ni la conversación privada que le siguió, aunque fuera el *hyoshie* quien hablara, si no todo el rato, sí la mayoría del tiempo. El interés que podía verse en los ojos de Cián era más que evidente.

Apreté la mandíbula con fuerza al notar cómo la ira se apoderaba de mí de pies a cabeza mientras algo helado y peligroso se me enroscaba en la boca del estómago.

Mi compañera de entrenamiento, a la que llevaba rato ignorando, me dedicó una mirada de extrañeza y, cuando el rechinar de mis dientes se convirtió en algo audible, me dijo en un susurro:

—¿Qué problema tienes?

Al final, mi inactividad llamó la atención del *hyoshie*.

—¿Querías algo, Morryés? —Frunció el ceño al percatarse de la rabia con la que les miraba—. Mueve el culo antes de que vaya para allá y te lo mueva yo.

Me quedé ahí, fulminándole con la mirada. Por supuesto que quería algo, meterle la bota por el culo, lo más profundo que pudiera. Y quería que se alejara de Féyes de una puta vez.

Féyes me ignoró, sin siquiera girarse en mi dirección.

Y yo estaba que echaba humo.

Mi compañera me tiró de la manga.

—Vamos a hacer esto, ¿o qué? —me preguntó—. Antes de mañana, a ser posible.

Furioso y descentrado, fui un objetivo fácil ante sus ataques. Me dio dos patadas en la espinilla izquierda y, joder, cómo dolieron. Suspiré de alivio cuando llamaron al *hyoshie* y tuvo que ausentarse, acabando con el entrenamiento antes de tiempo. No veía el momento de descansar.

En lo que dura un parpadeo, los agotados reclutas se escabulleron, no fuera a ser que al quedarse por ahí merodeando descubrieran que otro *hyoshie* iba a encargarse del entrenamiento en lugar de Cián.

Inspeccioné el campo que ahora parecía desierto.

Féyes estaba ahí, vistiéndose. Parecía que pensaba marcharse sin dedicarme ni una sola mirada.

Pero yo ya había tenido suficiente. No podía permitir que siguiera así.

Necesitaba llamar su atención. Quisiera él o no, iba a tener que reconocer mi existencia de una vez por todas.

—Féyes —grité.

Ninguna reacción.

—¡Hey, mestizo! —Me encogí por dentro al llamarle así. Nada sonaba más despectivo para referirse a un semielfo que esa palabra.

Esta vez sí se dio la vuelta. Tan rápido que fue como un borrón. Las palabras apenas habían dejado de vibrar en mi garganta cuando su mano estuvo ahí, rodeándola, apretando fuerte.

No parecía contento. Sus vívidos ojos azules, reducidos a rendijas, destellaban en su pálida cara.

Lo encontré espectacular en su ira. Y tremendamente aterrador.

Su mirada estaba llena de odio y desprecio, pero si era eso lo que se requería para que me mirara, me conformaría.

Permanecí quieto bajo su agarre.

Él me apretó la tráquea más fuerte.

—¿Lo repites, chico de las cavernas?

Por los dioses.

Esa voz. Baja, calmada y áspera, todo a la vez. Como seda entre cristales rotos.

Como estaba ocupado luchando por respirar, no contesté. Tampoco es que él esperara una respuesta.

Estaba tan cerca de mí que podía olerle. El aroma del musgo y la lluvia mezclado con algo exótico... un tenue y apenas perceptible rastro humano. Tenía tantas ganas de acariciarle el pelo que mis dedos se retorcieron de forma nerviosa.

—Te podría matar ahora mismo, elfo oscuro —dijo mientras me miraba intensamente a los ojos. Yo no podía apartar la mirada de él y no hubiera podido aunque no me hubiera tenido inmovilizado en su agarre de hierro.

Tragué saliva bajo la palma de su mano.

Él redujo la presión, solo un poco, y yo aproveché para respirar y llenarme los pulmones de aire lo más rápido que pude.

—Podrías. —Estuve de acuerdo, porque era verdad. Un solo apretón de su pulgar y mi tráquea colapsaría. Mi voz sonaba forzada y ronca y mi acento más pronunciado que nunca. Sabía que tenía una única oportunidad—. Pero, ¿por qué querrías hacerlo pudiendo hacer esto en su lugar?

Mis ojos se deslizaron hacia abajo, hacia sus generosos labios. No era la

primera vez que me fijaba en el pequeño hoyuelo que tenía en el centro de su labio inferior.

Elevó las cejas, sorprendido.

Cuando la firme sujeción que tenía en mi cuello se relajó, entré en acción.

Bajé la cara hacia él, pegué mi boca a la suya y me prendí a ella, de forma cruel y violenta. Estaba enfadado. Con él, por hacerme desearle tanto y sufrir así y por negarme durante tanto tiempo. Conmigo mismo, por caer rendido a sus pies al primer toque.

Me sentía patético y ridículo, como si me hubiera hechizado. Algo a lo que los elfos oscuros de mi clan éramos especialmente vulnerables, tal y como me advirtió una vez mi padre. Era como una enfermedad. O como una adicción.

Empujé mi lengua en su interior, encontrando la suya. Tenía un *piercing* y el roce del frío metal casi hace que me derrame ahí mismo, en ese preciso instante.

Acaricié el cielo de su boca y él gimió. Estuve cerca de perder el control cuando ese sonido salvaje pasó vibrando a través de todo mi cuerpo.

Sin saber muy bien cómo, acabé con ambas manos alrededor de su cabeza, con fuerza y de forma desesperada. *Yo*. Agarrándole fuerte a *él*.

Y él me dejó.

Era mío. Incluso aunque él no lo supiera o solo lo hiciera a un nivel inconsciente.

Algo en mi torrente sanguíneo me decía que, a través de ese beso, estaba reclamándole. Y me permitió que fuera yo quien guiara y controlara el beso, respondiendo a cada estímulo sin oponer el menor signo de resistencia. Su duro cuerpo se fundió contra el mío, dócil y manejable, y yo me sentí borracho de poder y, al mismo tiempo, totalmente dominado por su sumisión. Se me pasó por la cabeza que él necesitaba que fuera así.

Cuando nuestros labios se separaron, sus ojos estaban medio cerrados y brillantes.

Yo jadeaba y temblaba del esfuerzo que suponía contenerme y no follarle contra el suelo, en el barro, en ese mismo instante. En su lugar, le dije lo precioso que era y que era a mí a quien pertenecía. Su cara de desconcierto fue lo que me alertó de que, sin apenas darme cuenta, había empezado a hablar en el dialecto de la montaña, uno que él no entendía del todo.

—Entonces —dijo él cuando nuestras respiraciones se calmaron mientras me dedicaba una mirada larga y cautelosa—, ¿así es como hacen amigos los elfos oscuros?

Después de eso, estuvimos varios días sin hablar. Le vi por ahí, por supuesto. Incluso intercambiamos saludos con la cabeza y miradas a las horas de comer y durante los entrenamientos, y eso era todo un progreso.

Pero no le acorralé de nuevo. Porque él necesitaba tiempo para digerir la situación y decidir qué quería hacer al respecto, en caso de que quisiera hacer algo. Dejé que la cosa se asentara por un tiempo. Esta vez quería que fuera él quien viniera a mí. No es que yo evitara el contacto visual, pero dejé de ser yo el que lo provocara y dejé de dedicarle miradas lascivas. Seguía observándole cuando creía que no se daría cuenta. Por la noche daba rienda suelta a mi imaginación con la ayuda de mi mano izquierda.

Y esperé.

DÍA LIBRE

En Día Libre los entrenamientos cesaban bastante antes de que se sirviera la cena.

Tras dar buena cuenta del estofado de venado y de los bollitos de pan, salí de la tienda-comedor para tirarme en uno de los bancos de madera que había fuera. Últimamente, los arqueros de mi escuadrón habían aprendido a darme cierto margen, notando que, por alguna razón, estaba más tenso que la cuerda de mi arco.

El único que parecía ignorar mi mal humor era mi primo Verhan. Y yo toleraba su compañía sin demasiado esfuerzo, a pesar de que nunca callaba y se pasaba el día cotilleando. La mayoría de los elfos oscuros estábamos relacionados, ya fuera por sangre, o por matrimonio, así que aprender a aguantar a parientes lejanos venía con la raza. Había quedado con él esa tarde para que cuando anocheciera me ayudara a practicar mi tiro a larga distancia. Seguía teniendo problemas de precisión cuando había poca visibilidad.

Mientras esperaba a que apareciera, contemplé la posibilidad de revisar mi equipo, pero, bañado por la suavidad de los últimos rayos de sol del día y con el estómago lleno, me quedé medio dormido. Mis ojos se abrieron de golpe cuando un aroma a clavo y a canela llegó hasta mi nariz.

Féyes estaba de pie delante de mí con dos tazas de hidromiel. Con expresión imperturbable, me pasó una de las bebidas especiadas y alzó una ceja.

Cuando asentí y la acepté sin hacer comentario alguno, se sentó a mi lado.

Envolví la taza de hojalata entre los dedos. Mi corazón daba saltos por la anticipación.

—¿Has terminado de comer? —me preguntó mientras daba un trago y me

miraba de refilón.

Como había hecho antes, volví a asentir. El hidromiel estaba cargado. Era más fuerte que el que nos solían dar en nuestra ración diaria.

Estuvimos un rato sentados en silencio, bebiendo.

Al final, se giró hacia mí.

—Mira, ¿quieres...?

—¡Ervyn! —Verhan sonreía y me saludaba desde la entrada de la tienda. En el momento en que reconoció a mi acompañante, los ojos se le salieron de las órbitas y emprendió la marcha directo hacia nuestro banco.

Maldije para mí mismo. Me había olvidado por completo de su existencia. En mi visión periférica pude ver cómo Féyes se tensaba a mi lado y se preparaba para irse.

—*Masturbar tu-ehr uncäil assi iré* —le dije a Verhan entre dientes añadiendo un gesto grosero para dejar claro el mensaje. Por suerte, mi primo lo entendió y dio media vuelta. Nos siguió dirigiendo miradas curiosas mientras se retiraba, girando la cabeza y chocándose contra otros reclutas. Suspiré. Sabía que, en cuanto tuviera una oportunidad, estaría sobre mí como gusanos en un cadáver.

—¿Acabas de decirle que vaya a hacerle una paja al asno que tiene tu tío?
—El tono de Féyes estaba teñido de humor y mordacidad.

—No —mentí. Aunque el élfico común y el dialecto de la Montaña Negra tenían cierto parecido y compartían rasgos comunes, me impresionó que lo entendiera. Pero discutir complejidades lingüísticas con él era la última cosa que tenía en mente en esos momentos—. Perdona, ¿qué me decías?

Por primera vez, la expresión que lucía su rostro no era esa fría imperturbabilidad a la que me tenía acostumbrado. Y pareció dudar.

Me tensé. Temía que no fuera a decir lo que en un principio se había propuesto preguntarme.

Un grupo de reclutas pasó por delante de nosotros en su camino hacia el comedor. Entre ellos caminaba Aryana, una muy prometedor archera del norte que pertenecía a otro escuadrón. Me estremecí ante las dagas que pareció lanzarme con los ojos y, perplejo por el veneno en su mirada, centré la vista en Féyes. Este cambió de posición, el rubor era evidente en sus mejillas de porcelana y, de repente, parecía más que fascinado por sus botas.

Y yo quería dar puñetazos a algo.

Dio otro sorbo a su taza y se aclaró la garganta.

—Hay un lugar al sur del campamento. Suelo ir cada Día Libre a ver la

puesta de sol.

Le miré boquiabierto.

Él también me miraba a mí. El silencio extendiéndose entre nosotros.

—¿Quieres venir conmigo? —preguntó al final.

Una puesta de sol.

Parpadeé. De todas las cosas que había esperado que dijera, esta ni siquiera estaba en la lista.

¿Una puesta de sol?

Me bebí de un trago el resto del hidromiel, me limpié la boca y me levanté.

—Después de ti —dije arrastrando las palabras.

Seguro que esa cálida sensación que ahora se extendía por todo mi interior no era más que el simple efecto de la bebida que acababa de tomarme.

PUESTA DE SOL

*A*nduvimos hombro con hombro durante unos tres cuartos de hora. Caminamos por el bosque, por un sendero cubierto de vegetación que rodeaba la empinada montaña. Avanzábamos con cuidado, entre altas hierbas y densa maleza, evitando rocas resbaladizas, raíces de árboles que sobresalían del suelo y pequeñas corrientes de agua.

Habló poco, lo que no fue ninguna sorpresa. De todas formas, el terreno era complicado y no es que invitara a mucha conversación. Las largas pausas y los silencios nunca me habían molestado. Y ahora, sus secas y escasas palabras y los pequeños gestos que de vez en cuando me dirigía, tampoco lo hacían. Sus ojos, a pesar de la intensidad de su color, eran tan expresivos como las rocas de un arroyo de montaña. Para poder leerle —aunque fuera un poquito— uno necesitaba recurrir a cada señal no verbal e ir las uniendo minuciosamente. Muchos lo verían como algo agotador y nada estimulante. ¿Yo? Yo, sin embargo, encontraba los rompecabezas y los acertijos de lo más atractivos.

La lengua me ardía de todas las preguntas que quería hacerle. ¿Eran ciertos los rumores de que su padre humano comandaba una hermandad de asesinos allá en el Imperio? ¿Era él también un asesino tal y como sugerían las marcas en su cuerpo? ¿Cómo era la vida fuera del País de los Elfos? ¿Prefería a los humanos o a los elfos? ¿Mujeres u hombres?

Pero mantuve la boca cerrada, suponiendo que sería un error tratar de investigarle. Otros muchos, curiosos sobre su origen, habían tratado de saber más. Y yo no quería ser uno de tantos en nada que tuviera relación con él. Se me ocurrió que quizá no le importaría contestar a algo más cotidiano, una pregunta normal, que yo mismo haría a cualquiera de los otros reclutas.

—¿A qué unidad tienes pensado unirte?

Se giró para mirarme.

—A los Exploradores. De hecho, ya me han reclutado. —Y se encogió de hombros como si la cosa fuera tan sencilla.

Joder.

Las pruebas para los Exploradores, la unidad de élite más secreta en el Ejército Élfico, no se habían siquiera anunciado aún. Me quedé tan boquiabierto, que la mandíbula me llegaba al suelo. Tenía sentido. Estaban especializados en asesinatos, conflictos armados poco convencionales y misiones de reconocimiento; por supuesto que le querían.

Estudió mi reacción con cara seria antes de preguntar:

—¿Y tú?

—A la Guardia de la Reina —contesté mientras trataba de recuperarme.

Asintió en silencio. Al fin y al cabo, el Regimiento de las Tierras Altas era la opción más obvia para un elfo oscuro; y para un arquero.

Desde que toqué mi primer arco a la tierna edad de cuatro años, la Guardia de la Reina había sido mi meta. Mi padre había servido allí y mi abuela antes que él. La idea de continuar con la tradición familiar y asentarme en la capital me había atraído desde el principio. Además, siempre había pensado que sus uniformes no estaban nada mal.

Cuando llegamos a la cima de la montaña, nuestras botas estaban llenas de barro. Pero solo a mí me faltaba el aire, cosa que me enervó muchísimo.

Hizo un gesto hacia un roble caído y nos sentamos sobre su tronco. Las nubes nadaban en el resplandor ámbar del sol, que se ponía en el cielo. La vista se extendía hacia abajo, por todo el valle, y acentuaba el color verde aterciopelado de los pinares en contraposición con el rosa espumoso de las flores de cerezo. Se me cortó la respiración.

No fue hasta meses después que comprendí esa necesidad suya, esa desesperación que sentía en lo más profundo de su ser por encontrar belleza, tranquilidad y silencio. Esta era su manera de mantener sus demonios a raya.

Perdido en mis pensamientos bajo la luz crepuscular, noté cómo fijaba su mirada en mí.

—Tu pelo es casi blanco. —Cogió un mechón entre sus dedos y jugueteó con él—. Si no fuera por tus ojos, nunca hubiera imaginado que eras nortño; no sabía que había elfos oscuros con el pelo tan claro.

—Y no los hay. —La sorpresa y el placer de que me tocara de forma tan casual hizo que un temblor recorriera mi cuerpo hasta llegar a mi cuero

cabelludo. Tuve que luchar contra la necesidad de cerrar los ojos, pegarme a él y pedirle más—. Mi madre estuvo expuesta a magia humana durante el embarazo. Se supone que mi pelo es producto de ello. Soy una rareza.

Me dirigió una mirada escudriñadora.

—¿Te molesta?, ¿ser una rareza?

Algo en la forma en que lo dijo me hizo preguntarme si a él le importaba ser diferente. Intenté mantener el tono ligero al contestar:

—Supuso ciertos inconvenientes mientras crecía. Una trenza de color rubio ceniza era difícil de ocultar cuando intentabas librarte de haber colado una flecha en un lugar donde no deberías.

Dejó ir mi pelo y se abrazó las rodillas, como si tuviera frío.

Me estaba volviendo loco con las señales contradictorias.

—Tus tatuajes... —Coloqué la palma de mi mano en su bíceps, sintiendo los músculos de acero bajo su piel—. ¿Qué significan?

Su expresión se hizo aún más distante y vacía, y permaneció en silencio durante unos minutos. Cuando ya creía que no tenía intención de contestarme, dijo con cierta reticencia:

—Sangre.

Me podía haber dado de hostias a mí mismo. Me había caído del cielo la estupenda oportunidad de cortejarle bajo una puesta de sol y me la estaba cargando sin remedio. Pronto caería rendido a mis pies, pero de pura depresión y amargura.

Parecía tan desolado sentado así, en esa postura; tan joven y tan frágil... Mi deseo incontenible de consolarle me desconcertaba y abrumaba a partes iguales. Me despertaba un instinto de protegerle, de poseerle, que no sabía que tenía en mí. La tristeza que emanaba de él alimentaba mi necesidad de tocarle, de consolarle, de compartir una parte de mi calor corporal con él.

Me puse de pie y extendí la mano para que la cogiera y se levantara. No podía mantenerme alejado por más tiempo, así que le dije entre dientes:

—Ven aquí. —Sonó brusco, como una orden.

Me agarró y se acercó a mí. Su docilidad me dejó de piedra. Y lo que me apretaban los pantalones a la altura de la entrepierna confirmó lo mucho que me gustaba su respuesta.

Tiré de él para acercarlo más a mí.

—¿Qué haces? —susurró.

—Quiero besarte. Si tú también quieres que lo haga, tendrás que decir «por favor, Eryvn». —Mantuve un tono de voz bajo y monótono, intentando

mantener una expresión neutra. De repente, no había suficiente aire y la piel me tiraba y quemaba.

Al principio, pensé que se iba a reír en mi cara. Pero, tras unos segundos, frunció el ceño y me mantuvo la mirada con lo que parecía ser ira. Entonces, cuando creí que me daría un puñetazo o intentaría ahogarme de nuevo, sus rasgos se suavizaron.

—Por favor, Eryn —dijo con una voz gutural.

Cuando le escuché pronunciar mi nombre temblé, lleno de alivio y de lujuria. Mi idea inicial fue destrozarle la boca a besos, pero luché contra mí mismo para desechar el impulso. No era el momento de ser impaciente. En su lugar, le besé en profundidad, marcando un ritmo lento y despreocupado. Él se dejó llevar, sin luchar contra mi control, emitiendo suaves gemidos. Al final, puso los brazos alrededor de mi cintura.

Por los dioses, su boca era la más dulce. No podía ni imaginarme no querer más de esto. No dejé que se me notara, pero, por dentro, todo mi ser se estremecía y temblaba de deseo. Terminar ese beso requirió de todo mi autocontrol.

—Lochan, mírame.

Sus ojos se encontraron con los míos tras hacer una pausa en mis labios.

—Refréscame la memoria... —Me miró con los ojos entrecerrados y sus palabras salieron con cierto tono burlón—, ¿quién te ha nombrado oficial al mando?

Tú. Has sido tú. Por cómo te derrites contra mí. Por cómo me obedeces.

Le dediqué una sonrisa de suficiencia.

—Te saco dos años. Digamos que es lo justo.

Cuadró los hombros.

—Pero yo te saco al menos un dedo en altura.

—¿Quieres que te diga lo que puedes hacer con ese dedo?

Sonrió. Sonrió de verdad, por primera vez, y el corazón casi se me para. Por los dioses todopoderosos, si me había parecido guapísimo antes, ahora mismo lo encontraba devastador, tan simple como eso; con ese brillo en los ojos y sus succulentos labios elevados en una sonrisa, enseñando el blanco de sus dientes. Había mucho de salvaje en esa sonrisa y yo deseaba ser quien domara al depredador en él.

Tragué saliva con dificultad.

—No, olvídate de eso. Te voy a decir lo que puedes hacer con *mi* dedo.

Arrugó un poco la frente, confundido.

Le agarré de la barbilla con fiereza, bajé su rostro hacia mí y presioné la punta del pulgar contra su labio inferior.

—Chúpalo.

Los ojos se le ensancharon y oscurecieron mientras, despacio, fue introduciéndose mi dedo en su caliente y húmeda boca.

No era mi pulgar lo que en realidad quería meterle entre esos labios opulentos, pero por el momento, tendría que valer. Le observé, hambriento, sin querer perderme ningún detalle del espectáculo que se estaba desarrollando ante mí. Todo mi cuerpo estaba rígido por la excitación.

Él me miraba, como le acababa de ordenar que hiciera. Chupando, lamiendo y haciendo ruiditos bajos y obscenos que hacían que mi polla se tensara.

Sin pensar, tiré del cordón de sus pantalones de cuero y se los desabroché. Le saqué el miembro y lo envolví en mi puño sintiendo cómo su calor sedoso palpitaba contra mi palma. Empecé a acariciarle.

Podía sentir sus gemidos en lo más profundo de mi ser. Apreté los dientes y respiré hondo, tratando de mantener la compostura. Lo único que me importaba era que este momento fuera suyo, para él.

Mi mano le trabajaba rápido, con fuerza. Me atrevería a decir que incluso de forma salvaje.

Su lengua seguía en mi pulgar y cada roce de su *piercing* hacía que las sensaciones se magnificaran. Sus gemidos se intensificaron, lo pude sentir en la piel, y supe que estaba cerca. Le di unos segundos antes de retirarme del calor de su boca.

—Libérate en mi mano —gruñí. Ni siquiera me reconocí la voz de lo ronca que sonó.

Él obedeció. Tembló, me clavó los dedos en la cadera y empezó a respirar con dificultad mientras se derramaba en mi agarre.

A mí me costaba respirar tanto como a él. Me llevé la mano a los labios y, sin separar mis ojos de los suyos, me la lamí. El embriagador sabor de su semilla hizo añicos algo en mi interior.

Se mantuvo quieto, mirándome. Sus ojos, de un cristalino azul cielo, vidriosos y profundos. En su expresión no había resquicio alguno de esa condescendencia arrogante. Y yo no podía apartar la mirada, fascinado por este nuevo aire de vulnerabilidad y sinceridad que emanaba de él. Sus labios entreabiertos, ruborizados y aún brillantes por la saliva, resaltaban en su pálida cara, y eran todo un espectáculo.

La cabeza me daba vueltas y la polla me palpitaba, pero logré contenerme. Esa posesividad y avaricia que sentía por él me apretaba el pecho y se me atascaba en la garganta.

—Ahora di «gracias, Eryvn» —susurré mientras trataba de no perder el control. Mi áspera palma estaba aún en su mejilla, que era cálido satén bajo la piel rugosa de mis dedos.

—Gracias, Eryvn —dijo con voz ronca.

Luego nos sentamos en el tronco de nuevo, pegados el uno al otro, y me dejó abrazarle hasta bien entrada la noche.

Se había convertido en una amenaza ante la cual me encontraba indefenso.

*A*l amanecer, fui a buscar a Hélk, el *hyoshie* de mi escuadrón. A pesar de ser un cabrón malhumorado, era tan buen arquero como mi padre. De hecho, ambos habían servido juntos durante una temporada. Y, gracias a esa relación, tendía a marearme más que al resto de reclutas.

Cuando me vio asomar la cabeza en su tienda, me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa ahora, Morryés? No me digas que has vuelto a clavarle a alguien una flecha en el culo a cincuenta pasos de distancia solo para divertirte.

Me erguí con toda la dignidad que pude reunir. Eso solo había pasado un par de veces. Una, porque me habían retado a ello; y la otra, por una apuesta. Si me había divertido, o no, no era la cuestión; era mi honor lo que había estado en juego. Bueno, eso y cinco monedas de plata.

—Fueron al menos sesenta pasos, señor. —Me encogí de hombros, pero al ver su expresión seria, rápidamente añadí—: Y no, no estoy aquí por eso. La cosa es que... quiero entrar en los Exploradores.

Me miró como si me acabaran de salir branquias.

—¿Los Exploradores? ¿De qué cojones estás hablando? ¿Qué ha pasado con la Guardia de la Reina?

—Nada, que yo sepa. Estoy seguro de que seguirán cosechando éxitos sin mí —dije, manteniendo el tono firme.

—¿Eres idiota? ¿Qué dirá tu padre?

—Pues espero que un: «buena suerte, hijo». Porque no es asunto suyo,

señor. Es mi decisión.

Cogió aire entre dientes, en obvia desaprobación.

—No tengo tiempo para tu crisis de personalidad, Morryés.

—Es una decisión meditada, señor. No algo repentino.

No, no era repentino en absoluto. Ocho horas tenía ya tan pensada decisión.

Negó con la cabeza, pero debió de ver algo en mis ojos que le convenció de que iba en serio.

—Si lo dices de verdad, hay mucho que hacer, Morryés. Este año solo quieren tres arqueros, los mejores del país. Buscan excelencia y nada menos que excelencia.

Asentí.

—Lo entiendo. ¿Cuánto queda para las pruebas?

—Seis meses.

—¿Me ayudará a entrenar, señor? —pregunté.

Ladeó la cabeza, estudiándome durante un rato. Quizá estaba sopesando mis posibilidades o pensando en el prestigio que le daría a él y a su unidad si yo, como aprendiz de su escuadrón, conseguía entrar en los Exploradores.

—Necesitamos centrarnos en tu precisión. Eres bueno, pero tu tiro a larga distancia sigue siendo una mierda. Lo único que les importa es que seas un tirador espectacular. Espectacular, ¿me sigues?

Entusiasmado, respiré hondo.

—Sí, señor.

Me clavó la mirada.

—Incluiré tu nombre en las pruebas, Morryés. Pero déjame que te advierta una cosa: no me jodas. Si no entras, yo mismo te lanzaré una flecha directa al culo desde unos cien pasos de distancia. Y lo haré de tal forma, que te la colaré hasta el fondo, ¿nos entendemos?

—Sí, señor —repetí y sonreí. Era consciente de que lo decía muy en serio.

El deseo de mantener mi culo de una pieza hubiera sido motivación suficiente. Sin embargo, todo parecía una nimiedad comparado con ver la aprobación en unos ojos celestes, tan azules y atípicos como los cristales que podían encontrarse en mi hogar.

Ganar el corazón de Lochan Féyes y hacerle mío no era una meta, sino una necesidad. Y pasar los próximos cinco años sirviendo en la misma unidad que él era la forma de conseguirlo.

Y así fue como me convertí en un experto tirador.

Continuará...

GLOSARIO

Asesino (brazalete de un solo anillo): el rango más bajo dentro de los Asesinos de La Orden. Su estatus se manifiesta por el tatuaje de un único anillo alrededor de la parte superior del brazo derecho. De esta forma se exhibe su categoría.

Asesino (brazalete de doble anillo): el rango intermedio entre los Asesinos de La Orden. Su estatus se manifiesta por el tatuaje de un anillo doble alrededor de la parte superior del brazo derecho. De esta forma se exhibe su categoría.

Asesino (brazalete de triple anillo): el rango más elevado entre los Asesinos de La Orden. Su estatus se manifiesta por el tatuaje de un anillo triple alrededor de la parte superior del brazo derecho. De esta forma se exhibe su categoría.

Día Libre: el cuarto día de la semana que llega tras tres días laborables y antes de otros dos, después de los cuales está el Día de Descanso (séptimo día de la semana). En Día Libre la gente trabaja menos horas y dedica su tiempo al ocio.

Ejército Nacional de la Reina (también conocido como *Fuerzas Armadas Élficas*): la principal fuerza ante conflictos bélicos, a quien corresponde la defensa del País de los Elfos y territorios dependientes de la Corona. Es el poder militar más grande y mejor entrenado del mundo. La reina Nae'amh II es su comandante en jefe.

Élfico común: el idioma más extendido en el País de los Elfos.

Elfos oscuros (también llamados *elfos de las Tierras Altas* o *Highlanders*): los habitantes de las Tierras Altas. Los elfos oscuros tienen rasgos físicos característicos (como los ojos y el pelo negros), hablan el dialecto de la montaña y siguen sus propias costumbres. Suelen llegar a ser arqueros excepcionales y excelentes jinetes.

Exploradores: la unidad de élite más secreta de las Fuerzas Élficas. Están especializados en asesinatos, conflictos armados no convencionales y misiones de reconocimiento.

Gran Maestro de la Orden: El Maestro Asesino, cabeza de la Hermandad de Asesinos, cuya dirección pertenece en la actualidad a Lu Feninghan (el padre de Lochan Féyes).

Hyoshie (literalmente: *profesor*): un Oficial del Ejército de la Reina, responsable de guiar a los reclutas durante su primer año de entrenamiento.

Imperio: El mayor estado humano, con capital en Ysêmyr. Cuenta entre sus habitantes con un alto porcentaje de no-humanos y está gobernado por el emperador Xenedor I. Su territorio abarca el continente principal (progresista) y las más conservadoras Islas del Norte e Islas del Sur. El Imperio se encuentra sumido en sus propios disturbios internos y en una permanente guerra con los Bárbaros, lo cual está afectándoles económicamente.

La Guardia de la Reina: (también conocido como *Regimiento de las Tierras Altas* o *Regimiento Highlander*): unidad militar asentada en la capital (Asirhwÿn), formada por arqueros montados y constituida, casi de forma exclusiva, por elfos oscuros. La Guardia de la reina tiene como misión la defensa de la ciudad y la protección de la monarca, tanto en tiempos de guerra como en tiempos de paz.

La Orden: la más influyente y formidable Hermandad de Asesinos, situada al sur del Imperio, en las afueras de la ciudad portuaria de Nëssyr. La Orden, cuyo símbolo es un halcón, está dirigida por el Gran Maestro y su Consejo de Sicarios.

Mestizo: un término ofensivo para describir a un no-purasangre (ya sea semielfo paterno o materno); un insulto racista.

Montaña Negra: una zona que se encuentra en lo más alto y aislado de las Tierras Altas Élficas.

Nae'amh II: la reina del País de los Elfos y territorios dependientes de la Corona; comandante en jefe de las Fuerzas Armadas Élficas y la monarca más poderosa del mundo conocido.

País de los Elfos: el mayor país del mundo, con capital en Asirhwÿn, habitado por elfos y gobernado por la reina Nae'amh II. Sus vecinos son: el Imperio por el este, los Bárbaros por el sur, el Mar Salvaje por el norte y los vastos e impenetrables bosques por el oeste. La sociedad élfica se asienta en un sistema de clanes, servicio militar obligatorio y, en general, admiración por la excelencia castrense. La hegemonía —tanto política como militar— del País de los Elfos sobre el mundo humano fue establecida tras la Guerra Élfica.

Semielfo materno (también llamados *elfos de madre*): una persona con herencia racial mixta, nacida de madre élfica y padre humano. Los elfos maternos son una rareza. Heredan todas las características físicas y biológicas de un purasangre como longevidad y resistencia a las enfermedades humanas. A pesar de tener los mismos derechos que cualquier elfo, el prejuicio y la discriminación no les son ajenos, al menos, en cierta

medida.

Semielfo paterno (también llamados *elfos de padre*): una persona con herencia racial mixta, nacida de madre humana y padre elfo. Los elfos paternos solo heredan algunas de las características físicas y biológicas de los purasangre. Su estatus social es solo ínfimamente superior al de los humanos. Los elfos de padre no son considerados miembros de la ciudadanía y pertenecen a la casta más baja de la sociedad élfica; debido a ello, la mayoría decide vivir en el Imperio.

Servicio Nacional: un periodo obligatorio de diez años al servicio del Ejército de la Reina que tienen que cumplir todos los ciudadanos élficos independientemente de su género o procedencia.

Tierras Altas (Highlands): una zona situada al noroeste del País de los Elfos. Escasamente poblada, habitada exclusivamente por elfos oscuros y conocida por su duro clima, es un área caracterizada por enormes montañas, con altos picos, abundantes cavernas, lagos y un entorno salvaje. Las Tierras Altas tienen cierta independencia cultural, política y militar con respecto a la Corona.

SOBRE LA AUTORA



Lingüista y ávida lectora con especial debilidad por los géneros fantástico y paranormal, **KASIA BACON** vive en Londres con su marido. Cuando no se está tirando de los pelos con alguna traducción que le hayan encargado, escribe historias de aventuras sobre elfos sexis y asesinos emocionalmente torpes. También podemos encontrarla meneando el esqueleto en clase de zumba, haciendo maratones de anime, o buscando fotos sobre lanzamiento de cuchillos en Pinterest. Muy fan de las Artes Marciales Mixtas (MMA) y el Muay Thai, le encanta la naturaleza y el aire libre. Sueña con convertirse en una persona pudiente, dejar la ciudad y mudarse a un minipalacete de madera en medio de un espectacular bosque parecido a esos que describe en sus cuentos sobre elfos.

Para fragmentos de sus libros, historias gratis y actualizaciones sobre nuevos proyectos:
suscríbete a la [newsletter](#) de Kasia.

Más de Kasia *online*:



OTRAS OBRAS DE KASIA BACON



DISPONIBLES EN INGLÉS

The Mutt (Order Book 1)

The Highlander (Order Book 2)

Twenty-One Arrow Salute (Order Book 2.5)

The Poison Within (Inspector Skaer Book 1)

Blessing and Light (Standalone)

Don't Fight the Spark (Soldiers & Mercenaries 1)

PRÓXIMAMENTE EN INGLÉS

When I First Saw Red (Soldiers & Mercenaries 2)

The Scouts (Order Book 3)

The Elven Vice (Order Book 4)

DISPONIBLE EN ESPAÑOL

El mestizo (Libro 1 de La Orden)

PRÓXIMAMENTE EN ESPAÑOL

El elfo oscuro (Libro 2 de La Orden)

21 flechas (Libro 2.5 de La Orden)

La Noche de la Luces (Independiente)

FRAGMENTO DE EL ELFO OSCURO

Un silencio sepulcral cayó sobre el campamento una hora después del toque de corneta nocturno.
No se oía ni un ruido.

Excepto por mi compañero de tienda, Ghor, cuyos ronquidos sibilantes me estaban poniendo de los nervios. El cabrón no era consciente de la suerte que tenía. Consumido por la envidia que sentía de esa habilidad suya de recostar la cabeza y dormirse, barajaba la posibilidad de romperle el cuello. O ahogarle con una almohada. O insertarle la nariz en el cerebro de un puñetazo. Cualquiera de ellas me llevaría apenas un instante.

Me puse bocarriba y observé la oscuridad que cubría el techo de lona. Podía ver mi propia respiración salir en bocanadas y elevarse en forma de nubes de humo gris. Y tenía los pezones de punta. ¿Sería posible que se me hubieran congelado los dedos de los pies? Comparado con el calor del sur del Imperio, el supuesto clima templado del País de los Elfos podría traducirse perfectamente como «gélido». Tiré más de las mantas y me cubrí con ellas.

Decían que de camas blandas salían soldados blandos y la rigidez del petate que me había sido entregado por el Ejército Élfico daba testimonio de por qué se habían ganado la reputación de ser las fuerzas militares más duras del mundo. El puto catre se me clavaba en los omóplatos y en las caderas, que ya estaban sensibles de por sí, por cortesía de los enormes puños de Cían; el *hyoshie* de mi escuadrón seguía empeñado en ganarme en un combate mano a mano. Bien por él, tener metas era algo bueno.

Me concentré en el dolor y me relajé en él como me había enseñado mi padre: recibéndolo con los brazos abiertos. Con el tiempo, no solo había aprendido cómo conseguir que el dolor me calmara, había llegado incluso a

disfrutarlo.

Raras eran las ocasiones en las que conseguía dormir más de lo que dura un pestañeo y, aun cuando lo lograba, me despertaba al poco tiempo.

Dormir nunca me había resultado fácil. No desde que a los siete años me despertara con la noticia de haber ganado la guerra; una guerra que había proclamado a mi madre su heroína. Y también su mártir. Una semana después de su muerte, un musculoso extraño de nombre Lu Feninghan llegó reclamándome como su hijo. Recuerdo que llevaba un jubón con capucha y que estiré mucho el cuello para examinar de cerca las dos espadas curvas que llevaba a la espalda.

Su intención de llevarme con él al Imperio no sentó bien entre los encolerizados miembros de mi clan: el poderoso clan Féyes. Lo único que consiguió evitar que le hicieran pedazos fue la carta que portaba con él y que llevaba el sello de la reina. Ni siquiera el hecho de que mi padre resultara ser el Gran Maestro de La Orden templó los ánimos de mis familiares; seguía siendo humano. Y el permiso real que me autorizaba a salir del País de los Elfos iba contra la ley, que establecía que el lugar de los semielfos maternos estaba con la familia de sus madres.

No fue demasiado complicado imaginarse qué clase de servicios habría de prestar el cabecilla de la Hermandad de Asesinos a la Corona, a cambio de romper la ley de esta forma. A cuántos asesinatos equivaldría este acuerdo era algo que solo los ejecutores más cercanos a mi padre conocían. La reina Nae'amh no llevaba nada bien la deslealtad y poco le importaba si eras alguien influyente o no; los que la fallaban no tenían una segunda oportunidad. Esa lección, la de la sangre como moneda de cambio, la llevo grabada a fuego en la mente desde entonces.

En mi adolescencia, solo dos cosas habían funcionado como somnífero: una, implicaba agotarme a base de hacer ejercicio. Correr me sirvió durante un tiempo, pero entrenar de noche con un muñeco de madera —bien con cuchillos, bien a puño pelado— había demostrado ser una nana aún más efectiva. Repetir movimientos hasta la saciedad me dejaba sin energía y el dolor en carne viva en nudillos, antebrazos y espinillas me calmaba y hacía que cayera rendido nada más acabar.

En aquellas noches en las que todo lo demás fallaba, recurría a una técnica de emergencia: beber hidromiel extracargado. Había tenido una petaca debajo de mi cama desde que cumplí catorce años.

Dada la naturaleza crónica de mi insomnio, había perdido la esperanza de

encontrar el remedio definitivo que me ayudara a dormir. Y, desde luego, no había pensado encontrarlo en este campamento. Hasta que una noche, un elfo oscuro de pelo rubio, armado con una sonrisa burlona y unos brillantes ojos negros, se metió en mi cama.

Ervyn Morryés.

La primera vez que lo hizo, el muy idiota casi acaba degollado. ¿Quién en su sano juicio acecharía así a un asesino? Por suerte, reconocí su olor justo a tiempo y solo le hice un pequeño rasguño en la garganta. Sin embargo, eso solo le detuvo durante un instante, durante el cual aprovechó para murmurar: «¿Qué cojones te pasa a ti con mi cuello?». Y, tras eso, se metió entre mis mantas y se abrazó a mí.

Así, sin más.

Como si ese fuera su lugar.

La verdad, por muy desconcertante que esta resultara, es que... lo era. Y eso era algo que yo sabía en lo más profundo de mi ser.

Si no fuera así, ¿por qué iba yo a dormir a pierna suelta cuando él estaba a mi lado y podía sentir su cálido cuerpo pegado al mío?

Suspiré. No había tenido ni una sola noche de descanso desde que el escuadrón de Ervyn se fuera, hacía ya quince días, a practicar el tiro a caballo en las laderas y planicies cercanas al campo de entrenamiento. Me hubiera gustado poder negar la conexión entre ambos hechos, pero hacía tiempo que mentirme a mí mismo había dejado de funcionar.

De repente, me vi abrumado por el anhelo que sentí de sus labios en los míos. Insaciables e impertinentes. Insistentes. El solo pensar en cómo me agarraría la barbilla y tiraría de mí para que me encontrara con su boca — brusca y demandante— hacía que toda la sangre saliera disparada hacia mi entrepierna. ¿Por qué me gustaban tanto esas libertades que se tomaba con mi cuerpo? ¿Por qué se lo permitía? Al fin y al cabo, ambos sabíamos que, si quisiera, podría acabar con él de dos simples golpes.

Me vino a ver antes de partir. Ojalá me hubiera besado entonces. Pero se limitó a poner algo sólido y suave en la palma de mi mano y, antes de que pudiera ver de qué se trataba, ya se había marchado. Era una especie de cristal azul, como una piedra preciosa. Su color me era vagamente familiar. Y, por razones en las que no quería ahondar, lo había llevado conmigo en el bolsillo todo este tiempo.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por los ronquidos, cada vez más fuertes, que me llegaban desde el otro lado de la tienda. Convencido de

que el sueño me eludiría una vez más, me puse bocabajo y empecé a buscar a tientas bajo petate, tanteando en busca de la botella redonda que tenía ahí escondida. Unos instantes después, me sentaba de piernas cruzadas en la cama y daba largos tragos a ese calor que tan bien conocía. Una vez la sensación inicial de ardor se disipó, cerré los ojos, flexioné el cuello a un lado y a otro, y respiré hondo varias veces.

Se oyó un *tap, tap, tap* que me alertó de la presencia de alguien en el exterior. Pasos de dos personas distintas que venían de direcciones opuestas. Las pisadas de un lado eran rápidas y ligeras; las otras: sin prisa, pero decididas.

Puse el tapón a la petaca y la aparté. Me levanté en silencio y me posicioné en la entrada de la tienda.

—Más te vale tener una buena razón para andar merodeando por aquí después del toque de queda. —Cián se dirigió al intruso en un susurro, sin embargo, pude reconocer su voz.

—Sí, señor. —Mi corazón dio un brinco al oír esa combinación de acento de las montañas y tono ronco—. La tengo.

—¿Te importaría contármela?

La breve pausa que siguió a la pregunta fue un claro «preferiría no hacerlo». Sonreí.

—El *hyoshie* Hélk acaba de dejarnos libres tras una última reunión con el escuadrón y me dirigía a mi tienda, señor.

—¿Y por eso parecías estar medio escondido, como al acecho?

—He parado a echar una meadita, señor.

—¿Aquí? —La pregunta de Cián estaba teñida de desconfianza—. ¿Es que el concepto de letrina te resulta extraterrestre, Morryés?

—Hemos estado horas cabalgando, señor. Me va a explotar la vejiga.

—Oh, qué pena me das —se mofó el *hyoshie*.

Encontré un pequeño hueco entre los pliegues de la lona y eché un vistazo fuera. La luz procedente de los fuegos de vigía me permitió, apenas, hacerme una idea de la escena que se desarrollaba frente a mí.

—Lo siento, señor, pero ya no me aguanto. —Ervyn se llevó las manos a los cordones de los pantalones y tiró de ellos, impertérrito, con la clara intención de sacarse la polla ahí mismo.

Contuve la risa.

Cián negó con la cabeza a modo de reproche.

—Lo que sea que está mal contigo, Morryés, es algo gordo. —Escupió en

el suelo, se dio media vuelta y se marchó, soltando insultos en voz baja sobre salvajes de la montaña y cómo estos eran una vergüenza para sus madres.

Aparté un poco una de las solapas de la tienda.

Los ojos de Eryvn se encontraron con los míos, como si supiera que había estado observándole todo este tiempo. Me guiñó un ojo y me sonrió.

—Gordo es el adjetivo que lo describe, cierto —dijo mientras se agarraba la entrepierna y movía las caderas hacia delante y hacia atrás, sus pantalones aún desabrochados, soltándose todavía más.

A duras penas, conseguí no poner los ojos en blanco, pero no pude evitar devolverle la sonrisa. Abrí más la tienda para él.

No dudó, pero antes de entrar dirigió la mirada en la dirección por donde Cían había desaparecido.

—¿Qué pasa? ¿Que el hijo de puta sigue rondándote?

Me encogí de hombros.

Eso hizo que entrecerrara los ojos y me agarrara fuerte de la nuca.

—*Tey helvét mu-ehrs es, riénh né bac derrve.* —El ligero tono agitado que confirió a sus palabras hizo que la declaración sonara afilada.

No tenía la más mínima idea de lo que había dicho, pero reconocí la palabra «mío» y una maldición. Aún así, su brusco toque y ese acento tan marcado llamaron la atención de mi polla, que se irguió formando una tienda de campaña en mis pantalones. Y la cosa no hizo sino mejorar cuando me acercó más a él y me metió la lengua en la boca.

El elfo oscuro ya está disponible [aquí](#)

Si te gusta el romance gay, tal vez te interese:

Leo quiere a Aries

Signos de amor #1

ANYTA SUNDAY

Leo quiere a Aries es una historia de amor dulce y lenta. Un romance M/M de amigos a amantes con final feliz. Es una historia joven, de ambiente universitario, con un protagonista bisexual (que todavía tiene que descubrir que lo es) que puede ser leída de forma individual e independiente.

